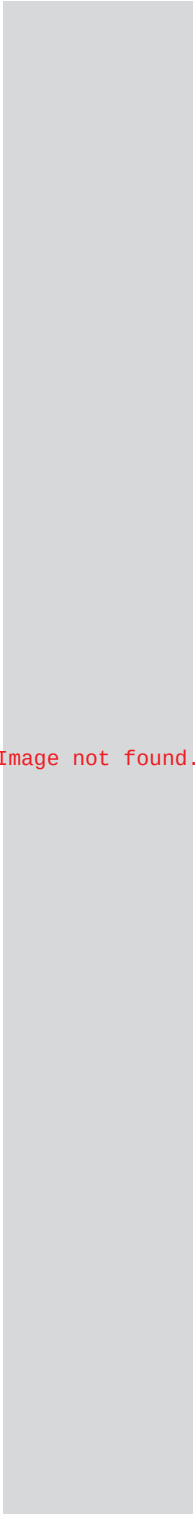


El último sapo dorado

Tito Sans



Capítulo 1

Tito Sans

El último
sapo dorado

1

EL FUTURO

(Pero no tanto)

La camioneta avanzaba por la autopista negra, calcinada por el potente sol del mediodía. A su alrededor, las chimeneas de las fábricas exhalaban su tóxico aliento, fundiendo el paisaje de concreto, metal y plástico en un telón color ocre, que por momentos llegaba casi a debilitar los rayos del sol, si era eso posible desde la destrucción casi total de la capa de ozono.

Dentro del vehículo, Bruno seguía jugando con su computadora portátil, aislado de la realidad, sumergido en la terrible batalla que estaba librando su Gorila-robot contra las maléficas criaturas mutantes comandadas por Lord Pavura. Los sonidos que salían de los parlantes incorporados al ordenador se mezclaban con el silbido del aire acondicionado que luchaba en vano por mantener fresca la cabina del vehículo.

—Era por acá...estoy seguro -dijo Miguel- observemos bien las salidas de la autopista. A su lado, Maby miró a su hijo que seguía concentrado en el videojuego y luego a su esposo, que giraba la cabeza extraviado como buscando un tesoro perdido entre tanto cemento.

Hacía calor y ella se sentía incómoda con esta aventura de fin de semana que había emprendido Miguel, pero no fue capaz de negarle esta salida a su marido, después de un mes de intenso trabajo sin descanso.

A Bruno tampoco le apasionaba mucho la idea de acampar dos días en esos bosques perdidos que no conocía pero de los que tanto había escuchado hablar a su padre.

En el colegio, todos se rieron de él cuando les contó que saldría de campamento con su familia. Hasta Iván, su mejor amigo, se burlaba: "A tu papá le agarró el "viejazo" -reía- mejor se alquilaba una cabina virtual y podía viajar donde quisiera. Mi papá, la semana pasada, recorrió todo el océano en un barco pirata. ¡Eso es una aventura! O podía hacer como el tío de Javier, que corrió la maratón de Francia en el juego de bicicleta de la consola Match 23, con pantalla gigante panorámica. Vio las montañas, los valles y hasta los ríos que se extinguieron hace años. Eso es estar en contacto con la naturaleza."

Bruno le trató de explicar a su amigo que lo buscaba su padre era un bosque real, con plantas reales y arroyos reales. Que nunca había querido ingresar a las salas virtuales, porque se ponía muy triste por la forma en que la gente intentaba remplazar lo que habíamos perdido por no cuidar el planeta. Pero como Bruno tampoco entendía mucho lo que le explicaba su padre, no podía pretender que Iván lo comprendiera. Así que se limitó a

sonreír vagamente y cambió de tema.

De pronto, el rostro de Miguel pareció encenderse. A su derecha, justo antes de una salida, había un cartel oxidado y colgando solo de un ángulo que se mecía a gusto del viento. Igualmente, el papá de Bruno pudo leer: "Reserva ecológica Sur".

—¡Ahí está! -gritó entusiasmado- lo sabía... ¡miren...miren...!

Maby esbozó una sonrisa más formal que emotiva y Bruno alzó la vista solo un segundo, para luego volver a la batalla, que se estaba volviendo verdaderamente apocalíptica.

—¡Miren...miren...! -repetía Miguel, que se desplazaba de carril para salir de la autopista en la siguiente bajada.

Descendiendo por la explanada, desembocaron en un camino de tierra reseca. Atravesaron un barranco cubierto de hojas muertas y luego llegaron a un pequeño bosque donde las copas de los árboles formaban una especie de techo verde que caía sobre el camino, abundante y descuidado, insinuando el largo tiempo que llevaba sin ser recorrido.

Bruno apretó la tecla de pausa y observó el paisaje. Se parecía a la selva impenetrable que en uno de sus juegos el Gorila-robot debió destruir para acabar con una amenaza nuclear. Aunque pensándolo bien, razonó, este "verde" que tanto añoraba su padre era sucio y amarillento. Nada que ver con el "verde" pleno y luminoso que ya había visto en las cabinas virtuales. Esos sí que eran colores reales y no éstos, deslucidos y opacos. "Y además, que sucios...llenos de tierra..."

Miguel estacionó la camioneta a orillas de un arroyo seco. Solo el sector frondoso que cubría el "techo" de árboles mantenía aún "vida verde". Las otras partes del bosque habían sucumbido castigadas por la mortal acción de los rayos ultravioletas.

Miguel bajó de un salto. Respiró profundo tratando de llenar sus pulmones con el aroma fresco de la floresta. Maby lo observó sonriendo. Amaba a ese hombre con alma de niño. Abrió la puerta del vehículo y bajó despacio, pisando con cuidado las hojas. Bruno descendió tímidamente. Primero apoyó el pie derecho, queriendo tantee el terreno, como con miedo a caer en una zona pantanosa, de esas en que tantas veces su Gorila-robot había logrado salir airoso gracias a sus precisos movimientos en el teclado.

—¡Vamos! -gritó su padre- vengan a ver que hermoso paisaje. Bruno se acomodó su gorra de jean, mientras que en su imaginación se colocaba su plateado traje "antitodo", ese que solo utilizaba en ocasiones muy peligrosas. Ahora sí, decidido, saltó a tierra. Se quedó un momento

inmóvil. Nada había pasado. El terreno era seguro.

Comenzó a caminar despacio entre los arbustos secos que se deshacían cuando él los pisaba. Limpiándose las manos contra el pantalón observó todo a su alrededor y se sentó sobre una piedra. Miró a su padre y exclamó:

—Está bastante abandonado...¿No?

—Si -admitió con tristeza Miguel- desde que se revocó la política ecológica forestal acabaron con casi todos los espacios verdes. Este pedazo quedó olvidado, quizás gracias al descuido de algún político de turno que no se dio cuenta que el bosque estaba aquí. De lo contrario ya hubieran construido un nuevo centro comercial.

—Pero igual todo está muerto. No hay pájaros... no hay animales... nada...

—Nada, no...—dijo su padre, mirando hacia los árboles. Todavía queda una mariposa...

—¿Una mariposa? ¿Que es eso?

—Una mariposa -respondió simplemente Miguel- una mariposa...

Bruno se rascó la cabeza, pensativo y luego, con un gesto de idea, fue corriendo hacia el asiento trasero de la camioneta. Cambió el ordenador a modo de diccionario. Sus dedos recorrieron el teclado:
M—A—R—I—P—O—S—A.

La respuesta surgió en segundos: "Especie de candelilla, sujeta a una rodaja de corcho, que se pone en un vaso con aceite, para conservar largo tiempo la luz".

Relacionó la definición y no creyó que su padre buscara este artefacto en el bosque. "No", se repitió y pulsó la tecla "BUSCAR MAS".

"Insecto lepidóptero (del griego "lepis": escama y "pterón": ala) de largas antenas multiarticuladas; cuatro grandes alas membranosas, cubiertas de escamillas microscópicas imbricadas, cuya disposición provoca, por fenómenos de interferencia luminosa, variados matices. Las alas son órganos vistosos y llamativos por su coloración, y maravillosos por su estructura. Los..."

Bruno agrandó los ojos debido a las palabras difíciles del diccionario que no le decían nada y pulsó nuevamente "BUSCAR MAS".

La pantalla titiló y en letras mayúsculas sentenció: "ESPECIE EXTINGUIDA

HACE UNA DECADA”.

—Pero papá -gritó el niño mientras corría hacia Miguel- las mariposas se extinguieron. No vas a encontrar ninguna....

—Si que hay. Tiene que haber. Y la voy a encontrar...

Bruno lo miró extrañado y luego de acercó a su madre, que estaba apoyada en un árbol.

—¿Que le pasa a Papá? No lo entiendo. Las mariposas se extinguieron...Lo dice la computadora...

—No le sucede nada a papá...no te asustes. Lo que pasa es que está buscando un sueño...

—¿Un sueño? Sigo sin entender...

Maby sonrió y señalando hacia el auto, dijo:

—Traé la vianda con el jugo y las galletitas que yo te voy a contar una historia...

2

EL PASADO

(Para nosotros, el presente)

Miguel todavía no había cumplido los 10 años pero ya había viajado por casi todo el continente. De Argentina a Canadá y del Atlántico al Pacífico. Su padre era un biólogo reconocido y siempre estaba estudiando los bosques y las selvas de todos los países.

Hacía 6 meses que estaban en Monteverde, un hermoso pueblo del centro de Costa Rica y a Miguel le encantaba el lugar. Era maravilloso. Un sitio envidiable con un paisaje de bosques, montes y ríos que no podía reproducirse en ninguna postal, ni en aquellas de las más lindas, esas que

les enviaba a los amigos que había hecho en tantos viajes.

Pero también le gustaba por Aymeé, una bella niña de raza nahua que había conocido al acompañar a su padre a una aldea, pues el abuelo de la niña -con un nombre raro que sonaba algo así como Chunlialu- era considerado un sabio por varias tribus de la zona y su papá quería consultarlo por un problema con ciertas plantas que ya no estaban creciendo en la región.

Desde el momento en que se vieron se hicieron inseparables y ella le enseñaba todos los lugares mágicos del bosque. Los arroyos, las piedras, los árboles huecos y varios escondites que habían decidido que serían secretos y que solo ellos conocerían. Miguel era feliz allí. Hasta había comenzado a ir al colegio con Aymeé, pues ya le habían confirmado a su padre que —por lo menos— tendría que quedarse en el lugar cerca de un año.

El no entendía bien porqué, pero su padre siempre se reunía con el abuelo de Aymeé y con otro señor, de apellido Morales, que era, si no había escuchado mal cuando se lo presentaron, algo así como funcionario del Departamento de Vida Silvestre del Ministerio de Energía y Minas de Costa Rica. Ese señor siempre tenía cara seria y mucho a Miguel no le gustaba. Pero, al parecer, era alguien importante, pues su padre debía pedirle permiso cada vez que realizaba una expedición a la selva para estudiar la flora y la fauna.

Una mañana, mientras desayunaba, vio -por la ventana de la cabaña en la que vivía- a su padre discutiendo con el señor Morales. También Chunlialu se mostraba agitado y hacía ademanes al cielo con su viejo bastón de madera.

Miguel nunca los había visto así de enojados, por lo que se aproximó a la ventana para escuchar lo que decían. Hablaban de bosques destruidos y animales muertos y de grandes máquinas que estaban cortando todos los árboles. Usaban palabras raras que el no lograba descifrar pero alcanzó a comprender que se trataba de una gran factoría maderera que estaba destruyendo más del 80 por ciento de los bosques vírgenes y que -como estaban amparados por el gobierno- nada podían hacer para detenerlos.

El señor Morales quería que su padre evaluara y analizara las consecuencias que traía a la vida silvestre la deforestación de esa amplia zona de bosques. Pero casi le ordenaba que su informe dijera que era mínima y no afectaba en nada a la naturaleza.

El papá de Miguel gritaba cada vez más y hablaba de extinción de especies y la caza furtiva y el uso indiscriminado de pesticidas y el comercio ilegal de ejemplares silvestres y la ignorancia acerca del valor real de los recursos naturales al permitir a esa empresa cortar tantas

hectáreas. Miguel no escuchó cuantas, pero sí que eran miles. El abuelo de Aymeé hablaba en nahua y nadie le entendía, pero parecía rezar a sus dioses para que no siguieran destruyendo su hogar.

Miguel quedó muy impresionado por la escena y corrió hacia la aldea de Aymeé para que ella le contara lo que pasaba.

La encontró sentada a orillas del río, arrojando piedritas al agua. Parecía triste.

—Aymeé, ¿que te pasa?

—Llegaron de nuevo las máquinas. Mi pueblo está angustiado. Comenzarán a destruir todo, como ya lo han hechos en otras oportunidades.

—Si, de eso discutían mi padre, tu abuelo y el señor Morales... ¿Y no se los puede detener?

—Lo han intentado varias veces, pero las leyes los apoyan y mi gente nada pudo hacer. Cada año profanan más la tierra hiriendo mortalmente al bosque, lo vacían...hasta que mueran todas las plantas y animales... y también moriremos nosotros...

—Esto no puede ser. No te preocupes, seguro que mi padre encontrará una solución.

—La Madre Tierra te escuche...

Por la noche, después de la cena, Miguel aprovechó que su padre se había sentado en el umbral de la casa para disfrutar –como ya era habitual en él desde que habían llegado- de los armoniosos sonidos de la noche, matizados por el ulular de los búhos y el canto de los grillos.

Se acomodó junto a él y, sin rodeos, le preguntó si podía hacer algo para detener a esos hombres que querían destruir el bosque.

—Ya nada podemos hacer. El gobierno los ha autorizado, y por más que yo -en mi informe- cuente detalladamente todo el mal que están causando, lo perderán en algún trámite burocrático, y cuando se resuelva, será demasiado tarde.

—¿Y no piensan en el mal que causan?

—No, solo les importa el dinero que ganan, sin preocuparse en la desolación que dejarán después.

Todo sucedió como le explicó su padre. El informe que presentó al gobierno quedó en estudio mientras que la factoría trajo grandes maquinarias que comenzaron su devastadora tarea. Los primeros días, Chunlialu y su gente realizaron manifestaciones. Se sentaban horas y horas frente a las máquinas, para que no pudieran avanzar, pero eran apartados por la policía, y llegaron al punto de cercarlos en su propia aldea para que no pudieran salir hacia la zona del bosque que estaba siendo degradada por las grúas y las sierras eléctricas.

Como todas las mañanas, Miguel fue a buscar a Aymeé para ir al colegio, pero cuando llegó a la aldea vio a los padres de su amiga muy tristes hablando con el sabio abuelo, que sacudía la cabeza angustiado.

—¿Qué pasa? - preguntó Miguel , preocupado.

—Nuestra niña está muy enferma -fue la respuesta de los padres.

—¿Que tiene...? si ayer estaba bien...

—Es el mal del arroyo negro. Una enfermedad muy seria...-dijo el abuelo casi sin fuerza en su voz.

—¿Y llamaron a un médico?

—No hay cura para su mal -prosiguió el anciano- sólo el Sapo Dorado podía salvarla...pero ya no existe ...

Miguel no podía entender lo que decían, ni porqué no llamaban a un médico del pueblo. Su cabeza daba vueltas, solo pensaba en la salud de su amiga. Corrió hacia su casa gritando...

—¡Papá! ¡Papá!...

Cuando le contó lo que sucedía, su padre lo tranquilizó y enseguida fueron a buscar al doctor Pérez, que era amigo de la familia y acudió rápidamente a la aldea.

Aunque los padres y el abuelo de la niña, al principio -y debido a sus costumbres- no estaban muy convencidos, el padre de Miguel logró que dejaran que el médico revisara a la niña.

Cuando salió de la choza, el doctor estaba apenado. Se acercó al padre de Miguel y dijo:

—Es una infección muy peligrosa que suele -rara vez- presentarse en esta zona. La fiebre es alta y le administré antibióticos, pero en otras ocasiones

no dieron resultado...

—¿Cómo se cura? -preguntó el papá de Miguel.

—Lamentablemente -dijo el médico- todavía no se halló un tratamiento para este tipo de virus...

—Solo el Sapo Dorado podía salvarla -interrumpió Chunlialu- ya lo dije...nada podemos hacer...

—¿Que es el Sapo Dorado? -preguntó Miguel

—Era una especie única de sapo -contestó su padre- Era pequeño y vistoso. El último ejemplar fue visto hace como diez años. Ahora está extinguido.

—¿Y que tiene que ver con la enfermedad de Aymeé? ¿Porqué dicen que el sapo podía curarla?

—Porqué era sagrado, un regalo de los dioses -casi sollozó el abuelo de la niña.

—No es tan así -se apresuró el doctor Pérez- lo que pasa es que había una sustancia en la saliva del batracio que mezclada con una serie de hierbas que conocía Chunlialu, obtenía un preparado... digamos "casero" que lograba combatir la infección.

—Y nunca pudieron obtener un fármaco de esa solución...

—No, aunque parezca una tontería, en los laboratorios no funcionaba. Yo, como médico no debería decirlo, pero al parecer faltaba un ingrediente...

—La saliva del sapo dorado es esencial para la cura. Es mágica y cura el mal... -volvió a interrumpir el anciano.

Pérez se encogió de hombros como dándole la razón.

—Pero...-gesticuló Miguel- tiene que haber algún sapo. Tenemos que encontrar uno...

—No, hijo, ya varios científicos se dedicaron a la ardua tarea de localizar al último ejemplar de esta pequeña especie, pero no hallaron ninguno.

—Esta misma clase de hombres que ahora destruyen el bosque -sentenció el nahua- fueron los que mataron al sapo sagrado.

—Quizás se escondieron en arroyos más profundos, cuando comenzaron a talar los bosques -fundamentó Miguel como buscando que los mayores lo

apoyaran en su declaración.

—Desgraciadamente no fue así, hijo. Eran muy delicados y sucumbieron ante los pesticidas y la falta de un lugar apropiado para reproducirse.

—No puede ser -sollozó Miguel- tenemos que salvar a Aymeé.

Antes que su padre pudiera abrazarlo, el niño corrió desconsolado. El biólogo sacudió la cabeza y -tras despedirse del médico y del anciano- caminó lentamente tras los pasos de su hijo.

Cuando llegó a la cabaña encontró a Miguel en su cuarto preparando una mochila.

—¿Que vas a hacer?

—Yo no voy a rendirme. Voy a buscar al último Sapo Dorado, aunque tenga que recorrer todos los bosques del mundo.

El hombre se sentó al borde la cama y acarició a su hijo.

—Ojalá pudiéramos hacer algo, Miguel, pero la realidad es dura y tienes que aceptarla.

—No papá... ¡No voy a perder a mi amiga!

—Pero nada podemos hacer. Ya te lo expliqué. El sapo dorado es una especie que ya se extinguió...

—No. Debe quedar alguno escondido en lo profundo de la selva, lejos de nosotros, que estamos destruyendo su hogar.

—Era un animal muy delicado, hijo. No creo que haya sobrevivido...

—Algo dentro mío me dice que sí, papá. Hay un sapo que puede salvar a Aymeé. Y yo voy a encontrarlo. Por favor, no me detengas.

Cargó la mochila en su espalda y salió corriendo.

El hombre se quedó un segundo inmovilizado con los ojos cerrados. Después sonrió, se levantó de un salto y tomó su mochila, que descansaba en el pasillo, cerca de la escalera que daba al altillo que utilizaba como laboratorio.

—¿Que vas a hacer? -preguntó su esposa.

—Voy a ir con él.

—¿Adonde?

—Vamos a buscar al último Sapo Dorado.

Los rayos del sol caían verticalmente sobre el paisaje esmeralda. Miguel miraba maravillado la hermosa vista que tenía delante.

Contempló a su padre y sus pensamientos volvieron hacia esos hombres sin rostro que estaban destruyendo este hermoso lugar. No podía entender, por más que se esforzara, como era posible que hicieran un daño tan tremendo sin que nadie los castigara.

Se paró cerca de una planta con flores rojas, bellísimas.

—Pero...esa gente que corta los árboles...no piensa en sus hijos...no se da cuenta lo que pasará en el futuro con el planeta...

—El hombre siempre fue un depredador, hijo.

—¿Un depredador?

—Es como un animal dañino. Destruye todo a su alrededor aún sabiendo que un día su acción extinguirá la vida.

—Es decir que estos hombres que talan el bosque saben que causan un perjuicio aterrador a la naturaleza, pero igual lo hacen... no entiendo...

—Es como el cuento del escorpión y la rana ¿te acordás?

—Sí. Aquel de un escorpión que quería cruzar el río y como no sabía nadar, le pidió ayuda a una rana que estaba en la orilla.

—Ese. La rana le respondió: "¿Crees que estoy loca? Si te ayudo a cruzar llevándote sobre mi lomo me picarás y moriré". Entonces el escorpión contestó: "Eso no tiene ningún sentido. Yo te necesito para cruzar el río, si te picara y murieras nos ahogaríamos los dos". La rana pensó que el escorpión tenía razón. No tenía sentido que la picara, así que le dijo que sí, que le ayudaría a llegar a la otra orilla.

—Pero a mitad de camino le clavó su aguijón...

—Exacto. Mientras se ahogaba la rana dijo: "No lo entiendo, ahora moriremos los dos..." A lo que el escorpión le contestó: "Lo sé, pero no

pude evitarlo. Está en mi naturaleza. Al fin y al cabo, soy un escorpión”.

—Me querés decir que el Hombre es como el escorpión. Sabe que si destruye el bosque el también morirá, pero no puede evitarlo...

—Está en su naturaleza...

El padre de Miguel sonrió tristemente, le acarició el cabello y siguió caminando en silencio.

Ya llevaban varias horas escudriñando cada rincón de la maleza, pero no lograban encontrar un sapo dorado. En realidad, su padre le había explicado que el verdadero color del pequeño batracio era naranja, y - para que estuviera alerta ante cualquier contacto con alguna especie- le hizo saber que la hembra era de color grisáceo.

A la media tarde, se detuvieron a los pies de una pequeña cascada, para tomar agua y descansar un poco.

—Ya debemos volver, o nos caerá la noche -dijo el papá de Miguel.

El niño bajó la cabeza, desconsolado.

—Pero no encontramos nada...

—Debemos ir a casa a recobrar fuerzas para mañana seguir buscando.

Las palabras del biólogo levantaron el ánimo de Miguel.

—¿Mañana también vendrás conmigo?

—Por supuesto...y todos los días que sean necesarios hasta encontrar el sapo dorado.

—¡Y Aymeé se curará!

—Claro -dijo el hombre, disimulando su desazón para no desesperanzar a Miguel.

Pasaron dos días y la niña nahua empeoraba. Miguel y su padre partían al amanecer a distintos puntos del bosque, pero no tenían éxito en su búsqueda.

Antes de comenzar la tercera jornada, el niño se acercó a la aldea para saber de Aymeé. Encontró a su abuelo sentado sobre un tronco quemado, restos de un árbol partido por un rayo hacía ya muchos años, que el viejo sabio utilizaba para meditar. Tenía las manos extendidas al cielo. Algo brillaba en su palma derecha. "Parece una piedra -pensó Miguel- pero no, debe ser algún objeto mágico".

Cuando el anciano lo vio, le hizo señas para que se acercara a él y le pidió que abriera su mano derecha. El niño obedeció y Chunlialu dejó caer una piedra negra, de formas irregulares, sobre su palma.

—¿Pero...es una piedra cualquiera? —se asombró Miguel.

—No -explicó el sabio nahua- no es una piedra cualquiera. Cierra tus dedos sobre ella y apóyala en el corazón...

Miguel cerró el puño y lo apretó fuertemente contra su pecho. En ese momento, la piedra pareció encenderse, dejando escapar su luminosidad entre los dedos.

—Ahora es un detector de sapos dorados -agregó el anciano, mientras el niño seguía sorprendido. Ella te guiará en tu búsqueda.

Corrió a buscar a su padre y, juntos, partieron rápidamente hacia el bosque, mientras Miguel seguía aferrando la piedra en su mano.

Recorrieron la espesura durante toda la mañana, pero no encontraron nada. Descansaron un rato para refrescarse y tomar agua de una manantial que brotaba de una roca. Luego continuaron la marcha.

El padre de Miguel observaba a su hijo y admiraba la tenacidad con la que había emprendido esta misión. Eso también lo entristecía, porque sabía que el sapo se había extinguido y que nunca encontrarían un ejemplar.

Pero no se animaba a decírselo. Prefería acompañarlo todos los días que fueran necesarios, así se mantendría ocupado y no vería como la vida de su amiga se iba extinguiendo.

A media tarde, el sol comenzó a balancearse en el cielo, cayendo como en cámara lenta, muy lenta, hacia el poniente.

Miguel sintió la mano de su padre que le apretaba el hombro.

—Debemos volver a casa...

—Un poco más, papá, por favor...

—Sólo un poco. Quiero salir del bosque antes de que oscurezca. Hay un frente de tormenta –señaló el cielo- y no quiero que nos atrape en esta zona. Hay muchos arroyos que se desbordan y podemos correr peligro.

Miguel asintió con la cabeza. Sabía que su padre tenía razón. Aymeé le había enseñado muchas veces que cuando llovía mucho, la mayoría de los arroyos se desbordaban y debían salir de los alrededores de su cauce, ya que arrastraban todo a su paso.

Pero Miguel no quería darse por vencido todavía. Tenía la piedra mágica y debía seguir buscando. Pero por más que empuñara la piedra hacia todos los huecos que había en la maleza, no encontraba nada...nada...

De pronto, descubrió un pequeño arroyo escondido detrás de unas rocas, casi oculto por el follaje. Apuntó la piedra hacia el lugar, y –mágicamente- ésta se encendió. Sus ojos se agrandaron y quedó un segundo paralizado con la boca abierta. El abuelo de Aymeé tenía razón. El detector funcionaba...

Abrió despacio y con cuidado un hueco en la enredadera. ¡Y lo vio!

Allí, pequeño pero imponente, mostrando orgulloso su piel color oro, estaba el último sapo dorado, sentado sobre una rama semihundida en el agua.

El niño ahogó un grito, para no asustar al sapito. No quería dejar de mirarlo, para no perderlo, pero debía avisar a su padre —alejado varios metros del lugar— para que viniera a ayudarlo.

Comenzó a sacudir su cuerpo como si un enjambre de abejas lo hubiera atacado, tratando de llamar la atención. El padre se dio cuenta de la exagerada agitación del niño y corrió hacia él. Miguel señaló hacia el lugar donde se encontraba el batracio.

El biólogo abrió la boca aún más que la de su hijo. Era increíble, habían hallado un sueño...

Lentamente, descolgó de su mochila un recipiente hermético lleno de pequeños agujeros y una diminuta red con plomada en las cuatro puntas. Se fue acercando despacio aguantando la respiración. Sabía que cualquier movimiento brusco espantaría al animal y lo habrían perdido para siempre.

Cauteloso, desplegó la redecilla y como en cámara lenta fue cubriendo el espacio que lo separaba del sapo.

Cuando su ojo estimó que ya estaba en la mira, arrojó la red sobre el desprevenido anfibio. Este quiso saltar pero el peso de la malla se lo

impidió.

Arrodillándose a orillas del arroyuelo, el biólogo lo tomó delicadamente entre sus manos. El sapito no era más largo que su dedo pulgar. Suavemente lo colocó en el recipiente, que apoyó sobre una roca. Luego se dejó caer, relajando sus músculos hasta ahora tensos por la situación.

Miguel descargó su alegría en un grito.

—¡Sí! -su exclamación se escuchó en todo el bosque, asustando a las aves que levantaron vuelo de entre los árboles y compitiendo con el primer trueno que anunciaba la llegada de la tormenta.

Miguel abrazó a su padre.

—Viste, papá. No nos podíamos dar por vencidos...

El hombre lo estrechó con fuerza y una lágrima le recorrió la mejilla. Pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre ellos y comenzaron a saltar y a patalear como en un ritual indígena. Y las lágrimas se mezclaron con la lluvia abonando el suelo virgen que aún no había sido descubierto por el “escorpión”.

Todavía no había oscurecido cuando llegaron a la aldea. Miguel llevaba el pote con el sapo dentro. Corrió hacia el anciano que estaba sentado frente a la choza donde descansaba Aymeé, con un mortero de madera, machacando varias hierbas, bajo un tinglado de paja, para resguardarse de la lluvia. El niño extendió el recipiente hacia Chunlialu, quien levantó la vista y sonrió cautivado por la fuerza de voluntad de Miguel.

—Tu has logrado un milagro -Luego se paró muy lentamente y tomando el preparado de hierbas entró a la choza.

Miguel le pidió a su padre quedarse en la aldea toda la noche, para estar junto a su amiga. El biólogo aceptó el pedido y se despidió con un fuerte abrazo, y le dijo que al día siguiente vendría con el doctor Pérez.

Cuando el médico revisó a Aymeé no lo podía creer. La fiebre había cedido milagrosamente y el color había vuelto al rostro de la niña.

—Es increíble -movía la cabeza el doctor- pero la cura del sapo dorado ha vuelto a dar resultados. La niña sanará pronto.

Miguel brillaba de alegría junto al lecho donde descansaba su amiga nahua, quien había recobrado el conocimiento y débilmente sonreía en señal de agradecimiento.

—Ahora debemos dejarla descansar.

Pérez y Miguel salieron de la tienda. Afuera, el anciano y el padre del chico conversaban sobre el pequeño lugar semioculto en la espesura que habían hallado y que podría albergar más especies en peligro de extinción.

El sabio aborigen le prometió que cuidarían del lugar y que llevarían al sapo dorado de nuevo al estanque donde lo encontraron, y tratarían de buscar una hembra para lograr que se reproduzca y preservar la especie.

El niño se acercó a Chunlialu y sacó, del bolsillo de su pantalón, la piedra mágica que le había entregado el día anterior.

El anciano lo rechazó sonriendo:

—Es tuyo, Miguel. Tu encontraste al último sapo dorado. Como recompensa te regalo la piedra encantada. Con ella podrás hallar siempre cualquier sueño perdido...

3

VOLVIENDO AL FUTURO

(¿Será el mismo...?)

Maby y Bruno estaban sentados, ahora, en el asiento trasero de la camioneta. El niño acababa de escuchar atento la historia que le contó su madre. Afuera, en la frondosidad del bosque, Miguel no se rendía y continuaba explorando cada milímetro del follaje buscando la última

mariposa.

Maby miró a su hijo, que había vuelto a encender la computadora y comenzaba un nuevo juego con su gorila-robot. No sabía si había entendido todo lo que le contara, y de hacerlo, era evidente que no había surtido ningún efecto en él. Apenada, pensó que algún día la tecnología terminaría por acabar con todo sentimiento existente en el ser humano, pero se resignó. Nada podía revertir esa realidad.

Salió el vehículo y pareció recordar algo. Buscó en el baúl una pequeña cajita y volviendo hacia su hijo la colocó sobre el asiento, al lado de Bruno. Luego se marchó, despacio, hacia el arroyo seco.

Bruno dejó el ordenador sobre sus piernas y abrió la caja. Dentro, una piedra negra de bordes irregulares parecía mirarlo con tristeza, "si es que las piedras pueden tener sentimientos", pensó el niño.

La tomó entre sus manos y experimentó una sensación extraña. Una energía le cosquilleaba la piel. No era una piedra común, de eso estaba seguro. Parecía una piedra mágica. "No, no puede ser", pensó.

Por su mente comenzaron a pasar las imágenes del relato que le contara su madre. Podía ver la hermosura del bosque de Monteverde. Divisaba la aldea nahua, donde podía observar a la niña Aymeé jugando alrededor del anciano Chunlialu. También distinguía a su abuelo, el biólogo, abrazado a Miguel, su padre, recorriendo el follaje y por último –maravillado- descubrió erguido sobre una rama al diminuto, soberbio, sapo dorado.

De pronto, saltó de la camioneta y levantó su mano derecha al sol, sosteniendo la piedra. Luego cerró sus dedos sobre ella y la apretó contra el pecho. Un brillo azulino brotó de entre sus dedos. Sus ojos se abrieron como lo hacían los de sus personajes favoritos de los animè japoneses.

No podía creerlo. Ni en los mejores juegos de su consola había visto esta magia. Y era real, no producto de una sala virtual.

Gritando de alegría, Bruno corrió hacia Miguel agitando la piedra de Chunlialu en su mano.

—Papá, papá...no te preocupes... ¡Vamos a encontrar la última mariposa!

Sobre el asiento trasero de la camioneta, la pantalla de la computadora portátil mostraba como feroces criaturas mutantes rodeaban peligrosamente al Gorila-Robot, quien indefenso, al no tener la mano de Bruno que lo guiara, movía los ojos metálicos de un lado a otro, como presintiendo que esta vez no lograría vencer la mortal amenaza que se

cernía sobre él.

-----FIN-----

NOTA DEL AUTOR:

El Sapo Dorado existía en la realidad (de color naranja el macho y gris la hembra) en los bosques de Costa Rica. El último ejemplar fue visto en 2002. La acción depredadora del Hombre logró extinguir esta exótica especie, que ya no tendremos el placer de conocer.

Pero hay miles de animales y plantas que están en peligro de desaparecer en muy poco tiempo. Está en nosotros impedir que esto ocurra.

Capítulo 2